



MAROTO 2021  
CISIS

ROBERT E. HOWARD

---

# CONAN

de Cimmeria

---

VOLUMEN III

---

1935-1936

ILUSTRADO POR GREGORY MANCHES



timunmas

*Conan de Cimmeria. Volumen III: 1935-1936*

Publicado originalmente como *Robert E. Howard's Complete Conan of Cimmeria Volume Three (1935-1936)*

© Conan Properties International., L.L.C., 2004

*Conan ® (including all prominent characters featured in this volume) and the distinctive likenesses thereof are trademarks of Conan Properties International LLC unless otherwise noted. All contents © Conan Properties International LLC (2004) unless otherwise noted. All rights reserved*

© Wandering Star, 2004

© por las ilustraciones, Gregory Manchess, 2006

Traducción: © Manuel Mata Álvarez-Santullano

Publicación de Editorial Planeta, S.A., Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona.

Copyright © 2022 Editorial Planeta, S.A., sobre la presente edición.

Reservados todos los derechos.

ISBN: 978-84-450-1229-1

Depósito legal: B. 2.571-2022

*Printed in EU / Impreso en UE.*

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual

(Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Inscríbete en nuestra newsletter en: [www.edicionesminotauro.com](http://www.edicionesminotauro.com)

Facebook/Instagram: @EdicionesMinotauro

Twitter: @minotaurolibros

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

# Índice

<i>Prefacio</i> , por Gregory Manchess	xiii
<i>Introducción</i> , por Patrice Louinet	xvii

## CONAN DE CIMMERIA

Los sirvientes de Bit-Yakin	3
Más allá del río Negro	55
El negro desconocido	127
Los antropófagos de Zamboula	217
Clavos rojos	257

## MISCELÁNEA

Nota sin título	349
Lobos de allende la frontera, borrador A	351
Lobos de allende la frontera, borrador B	365
El negro desconocido, sinopsis A	387
El negro desconocido, sinopsis B	391
Los antropófagos de Zamboula, sinopsis	393
Clavos rojos, borrador	395

## DOCUMENTOS

Carta a P. Schuyler Miller	439
Mapa de la Era Hiboria	443

APÉNDICES

La génesis de Hiboria, por Patrice Louinet 449  
Notas sobre los originales de Conan y su cronología, por Patrice Louinet 469  
Agradecimientos 471

## *Índice de láminas*

Conan *frontispicio*  
Sin título 1  
Con un grito triunfante, el monstruo se la cargó bajo el brazo 49  
Nadie dijo palabra 79  
En ese momento percibió la auténtica fuerza y la ferocidad del cimmerio 103  
Las rocas y los maderos cruzaron el aire 113  
Zarono 155  
Al instante, su presencia dominó el grupo 177  
Permanecieron un momento en un tenso silencio 231  
... estudió el patio un instante 253  
Comenzó entonces un juego espantoso 343





## I

### SENDAS MISTERIOSAS

Los acantilados, colosales murallones de roca que despedían destellos de color jade, azul y un apagado carmesí, y se alejaban curvándose en dirección este y oeste sobre el ondulado océano esmeralda de hojas y vegetación, se alzaban en vertical desde la jungla. La gigantesca muralla parecía insuperable con sus paredes de roca sólida, donde fragmentos de cuarzo brillaban con destellos cegadores a la luz del sol. Pero el hombre que estaba realizando la tediosa tarea de escalarlas se encontraba ya a medio camino de la cima.

Pertenecía a una raza de habitantes de las colinas, acostumbrada a escalar picachos imponentes y era un hombre de fuerza y agilidad poco habituales. Su única vestimenta era un par de pantalones cortos de seda roja, y llevaba las sandalias a la espalda para que no le estorbasen, al igual que la espada y la daga.

Era un hombre de constitución soberbia, veloz como una pantera. Tenía la piel morena, bronceada por el sol, y la melena, negra y bien recortada, estaba confinada por una banda de plata que llevaba sobre las sienes. Su musculatura de hierro, su aguda vista y sus firmes pies le eran muy útiles en aquel lugar, puesto que la escalada ponía cada una de estas cualidades a prueba hasta el límite de su capacidad. Ciento cincuenta pies por debajo de él ondeaba la jungla. La misma distancia había por encima de su cabeza, la cima de los acantilados se recortaba claramente contra el cielo de la mañana.

Se esforzaba como un hombre impulsado por la necesidad, pero se veía obligado a moverse a paso de tortuga, adherido a la pared como una mosca. Sus manos y sus pies buscaban huecos y protuberancias, precarios asideros en el mejor de los casos, y en ocasiones quedaba colgado literalmente de las uñas de los dedos. Y, sin embargo, seguía ascendiendo, retorciéndose, luchando por cada centímetro ganado. A veces hacía una pausa para descansar sus doloridos músculos y, limpiándose el sudor de los ojos, volvía la cabeza y recorría con mirada inquisitiva la verde extensión de la jungla, en busca de cualquier rastro de vida humana o movimiento.

La cima ya no se encontraba muy lejos y vio que unos pocos pies por encima de él había una oquedad en la pared vertical. Un instante más tarde la alcanzó: una pequeña caverna, situada justo debajo del borde del acantilado. Al levantar la cabeza, lanzó un gruñido. Se quedó allí, con los codos apoyados sobre la lengua de roca. La caverna era tan minúscula que apenas se podía describir más que como un nicho excavado en la roca, pero tenía un ocupante: una marchita momia de color pardo, sentada en cuclillas, con los brazos cruzados sobre el consumido pecho que sustentaba la arrugada cabeza. Los miembros se sostenían en su sitio sujetos por unas cuerdas de pellejo que se habían convertido en meras briznas. Si alguna vez había estado vestida, los estragos del tiempo habían reducido su atuendo a polvo hacía tiempo. Pero, encajado entre los brazos cruzados y el pecho marchito, había un rollo de pergamino, amarilleado por el paso del tiempo hasta cobrar la tonalidad del marfil viejo.

El cimmerico extendió un largo brazo y agarró el pergamino. Sin perder un momento en ver qué era, se lo guardó en el cinturón y continuó hasta encontrarse de pie en la entrada del nicho. De un salto se agarró al borde del acantilado y terminó la escalada prácticamente en un solo movimiento.

Allí se detuvo, jadeante, y miró abajo.

Era como estar observando el interior de un vasto cuenco, delimitado por una pared circular de roca. El suelo del cuenco estaba cubierto de árboles y vegetación tupida, aunque en ninguna parte igualaba la densidad del bosque exterior. Los acantilados, de altura uniforme, lo rodeaban sin una sola interrupción. Era una rareza de la naturaleza, seguramente sin parangón en parte alguna: un inmenso anfiteatro natural, un fragmento circular de una llanura arbolada, de unos quinientos metros de diámetro, separado del resto del mundo y confinado en el interior de aquellas paredes.

Pero el hombre que las había escalado no estaba dedicando sus pensamientos a maravillarse ante este fenómeno topográfico. Con impaciencia, examinó las copas de los árboles que había debajo de él y exhaló un fuerte suspiro al localizar el reflejo de unas cúpulas de mármol entre el titilante verdor. No era un mito, pues. Debajo de él se encontraba el fabuloso y abandonado palacio de Alkmeenon.

Conan el Cimmerico, de las islas Barachanas, de la costa Negra y de muchos otros climas donde la vida discurría salvaje, había llegado al reino de Keshan siguiendo el rastro de un tesoro de leyenda capaz de eclipsar las riquezas de los reyes turanios.

Keshan era un reino bárbaro situado en las regiones orientales de Kush, donde los amplios pastizales se unen a los bosques que se extienden desde el sur. Sus pobladores conformaban una sociedad híbrida, en la que una aristocracia de hombres de tez parda gobernaba a un pueblo que era, casi en su totalidad, de piel negra. Los señores –los príncipes y los sumos sacerdotes– aseguraban que descendían de una raza de blancos que, en una era mítica, había gobernado un reino cuya capital era Alkmeenon. Ciertas leyendas contradictorias trataban de explicar la razón de la caída de aquella raza y el abandono de la ciudad por parte de los supervivientes. Igualmente nebulosos eran los relatos sobre los Dientes de Gwahlur, el tesoro de Alkmeenon. Pero esas vagas leyendas habían bastado para atraer a Conan hasta Keshan, atravesando vastas llanuras, junglas salpicadas de ríos y cordilleras.

Había localizado Keshan, considerado un mito en muchas naciones nortteñas y occidentales, y había averiguado lo suficiente para confirmar los rumores sobre el tesoro conocido por los hombres como los Dientes de Gwahlur. Pero no había logrado encontrar su escondite y se había visto en la necesidad de explicar su presencia en Keshan, donde los viajeros desconocidos no eran bienvenidos.



Pero él no se había dejado intimidar. Con fría seguridad, había hecho una oferta a los majestuosos, orgullosos y suspicaces señores de la magnificente corte de los bárbaros. Era un luchador profesional. En busca de trabajo, les dijo, había llegado a Keshan. Por un precio, instruiría a los ejércitos del país y los dirigiría contra Punt, su enemigo tradicional, cuyos recientes triunfos en el campo de batalla habían azuzado la furia del irascible reino de Keshan.

Esta proposición no era tan audaz como pudiera parecer. La fama de Conan lo había precedido incluso en un lugar tan remoto como aquél; sus hazañas como jefe de los corsarios negros, los lobos de las costas meridionales, habían conseguido que su nombre fuera conocido, temido y admirado por todos los reinos negros. No rehusó someterse a las pruebas que le propusieron los señores. Las incesantes escaramuzas que se sucedían en las fronteras ofrecieron al cimmerico un sinnúmero de ocasiones de demostrar su habilidad en el combate cuerpo a cuerpo. Su temeraria ferocidad impresionó a los señores de Keshan, que ya estaban al corriente de su reputación como líder de hombres, y la situación pareció tornarse favorable a él. Pero, en secreto, lo único que Conan deseaba era un empleo que le diese la excusa para permanecer en Keshan el tiempo necesario para localizar el lugar donde se ocultaban los Dientes de Gwahlur. Entonces se produjo un hecho inesperado. Thutmekri llegó a Keshan a la cabeza de una embajada de Zembabwei.

Thutmekri era un estigio, un aventurero y un bribón cuya astucia le había permitido ganar la confianza de los reyes gemelos que gobernaban el gran reino híbrido de mercaderes que se encontraba a muchos días de marcha en dirección este. El cimmerico y él se conocían desde hacía tiempo y no se profesaban mucho cariño. Thutmekri traía una proposición para el rey de Keshan, relacionada también con la conquista de Punt, reino que, situado al este de Keshan, casualmente acababa de expulsar a los mercaderes de Zembabwei y había incendiado sus fortalezas.

Su oferta superó incluso el prestigio de Conan. Prometió que invadiría Punt desde el este con una hueste de lanceros negros, arqueros shemitas y espadachines mercenarios, y que ayudaría al rey de Keshan a anexionarse el reino enemigo. El benévolo rey de Zembabwei solo pedía a cambio el monopolio del comercio en Keshan y sus regiones tributarias... y, como muestra de buena voluntad, algunos de los Dientes de Gwahlur. No pretendían darles ningún uso indebido, se apresuró a explicar Thutmekri a los suspicaces caudillos; los colocarían en el templo de Zembabwei, junto a los achaparrados ídolos de oro de

Dagon y Derketo, huéspedes sagrados de la capilla del reino, para sellar la alianza entre Keshan y Zembabwei. Esta afirmación arrancó una fiera sonrisa a los labios de Conan.

El cimmerico no perdió el tiempo tratando de derrotar a Thutmekri y a su socio shemita, Zargheba, en astucia e intrigas. Sabía que si Thutmekri se salía con la suya, exigiría el inmediato exilio de su rival. Solo podía hacer una cosa: encontrar las joyas antes de que el rey de Keshan tomara una decisión y luego escapar con ellas. Pero a estas alturas ya estaba convencido de que no estaban escondidas en Keshia, la ciudad real, que era una colmena de chozas de paja levantadas alrededor de una muralla de adobe que protegía un palacio de piedra, barro y bambú.

Mientras él aguardaba, sumido en nerviosa impaciencia, el sumo sacerdote Gorulga anunció que, antes de que pudiera tomarse ninguna decisión, había que recabar la opinión de los dioses sobre la propuesta de alianza con Zembabwei y la entrega de unos objetos que durante muchísimo tiempo se habían considerado sagrados e inviolables. Habría que consultar al oráculo de Alkmeenon.

Esto era algo tan extraordinario que hizo correr incontables comentarios en el palacio y en la colmena de chozas. Hacía un siglo que los sacerdotes no visitaban la silenciosa ciudad. El oráculo, decían los hombres, era la princesa Yelaya, última señora de Alkmeenon, que había muerto en el cúlmen de su belleza y su juventud, y cuyo cuerpo había permanecido milagrosamente intacto con el paso del tiempo. Desde antiguo, los sacerdotes habían viajado hasta la ciudad sagrada para que ella les revelara su sabiduría. El último de ellos habían sido un hombre retorcido, que había tratado de robar las extrañas joyas que los hombres llamaban los Dientes de Gwahlur. Pero algún destino terrible se había abatido sobre él en el desierto palacio, destino sobre el que sus acólitos, tras escapar corriendo del lugar, habían hilvanado relatos de horror que durante un siglo habían aterrorizado a los sacerdotes y les habían impedido visitar la ciudad y consultar a su oráculo.

Pero Gorulga, el actual sumo sacerdote, totalmente seguro de su propia integridad, anunció que marcharía con un puñado de seguidores para revivir la ancestral costumbre. Y en la excitación del momento, las lenguas hablaron más de lo conveniente, y Conan encontró al fin la pista que llevaba semanas buscando, el cuchicheo de un sacerdote de menor importancia que hizo que el cimmerico saliera a hurtadillas de Keshia la noche antes del alba en que los sacerdotes tenían prevista su partida.

Tras un día y una noche cabalgando tan velozmente como le permitió la prudencia, al amanecer llegó a los acantilados de Alkmeenon, situados en el extremo suroeste del reino, en medio de una jungla deshabitada que los hombres normales consideraban tabú. Nadie que no fuera sacerdote se atrevía a acercarse ni a muchos kilómetros de la ciudad maldita. Y ni siquiera los sacerdotes habían entrado en Alkmeenon durante los últimos cien años.

Ningún hombre había escalado nunca aquellos acantilados, aseguraban las leyendas, y nadie, salvo los sacerdotes, conocía la entrada secreta al valle. Conan no perdió el tiempo buscándola. Las paredes que cortaban el paso a los negros, jinetes y moradores de llanuras y bosques, no eran tarea imposible para un hombre nacido en las escarpadas colinas de Cimmeria.

Ahora, desde la cima de los acantilados, contempló el valle circular y se preguntó qué plaga, guerra o superstición habría expulsado a los hijos de aquella raza de hombres blancos de su fortaleza para mezclarse con las tribus negras que los rodeaban y ser asimilados por ellas.

El valle había sido su ciudadela. Allí se levantaba el palacio y allí moraba la familia real y la corte. La ciudad real se encontraba más allá de los acantilados. Las onduladas masas de verde jungla ocultaban sus ruinas. Pero las bóvedas que resplandecían entre las hojas, debajo de él, eran los intactos pináculos del palacio real de Alkmeenon, que habían desafiado la corrosión del tiempo.

Pasó una pierna sobre el borde del acantilado y empezó a descender apresuradamente. La cara interior de los acantilados era más irregular y menos vertical. En menos de la mitad del tiempo que le había llevado ascender por el otro lado, llegó al suelo tapizado de hierba del valle.

Con una mano en la espada, alerta, miró en derredor. No había razón para creer que los hombres hubiesen mentido al decir que Alkmeenon estaba vacía y desierta, habitada solo por fantasmas del pasado. Pero la suspicacia y la cautela formaban parte de la naturaleza de Conan. El silencio era absoluto; ni una sola hoja se movía en las ramas. Al inclinarse para mirar bajo los árboles, no vio otra cosa que las incontables filas de troncos que se alejaban más y más en la azulada penumbra del denso bosque.

Sin embargo echó a andar con cautela, espada en mano, peinando las sombras de lado a lado con mirada inquieta y sin que sus firmes zancadas hicieran el menor ruido sobre la hierba. A su alrededor, por todas partes, se veían los vestigios de una civilización antigua; unas fuentes de mármol, mudas y desmoronadas, se alzaban en medio de círculos de finos árboles que formaban patrones

demasiado simétricos para ser obra de la naturaleza. El sotobosque y el matorral habían invadido las arboledas plantadas antaño por los jardineros, pero los contornos de estas seguían siendo discernibles. Unas anchas veredas de pavimento se alejaban entre los árboles, agrietadas y cubiertas de hierba en los intersticios. Atisbó muros con remates ornamentales y celosías de piedra tallada que tal vez sirvieran un día como paredes a pabellones de recreo.

Delante de él, entre los árboles, las cúpulas resplandecían y la mole de la estructura que las sustentaba se iba haciendo más evidente conforme avanzaba. Al fin, tras atravesar una pantalla de enredaderas, salió a una zona comparativamente más abierta, donde los árboles raleaban un poco más, sin que los matorrales los agotaran, y vio frente a sí el amplio pórtico de pilastras del palacio.

Mientras subía por los escalones de mármol, reparó en que el edificio estaba en un estado de preservación muy superior al de las estructuras menores que había entrevisto. Las gruesas paredes y los sólidos pilares parecían demasiado sólidos para desmoronarse por el asalto del tiempo y los elementos. La misma quietud encantada lo dominaba todo. Las felinas pisadas de las sandalias del cimmerio resultaban extrañamente escandalosas en medio de aquel silencio.

En algún lugar de aquel palacio yacía la efigie o imagen que en tiempos pasados había servido de oráculo a los sacerdotes de Keshan. Y en alguna otra parte, a menos que el indiscreto sacerdote hubiera mentido, se encontraba el tesoro de los olvidados reyes de Alkmeenon.

Conan pasó a un amplio y elevado vestíbulo jalonado de altas columnas, entre las que se abrían unos arcos cuyas puertas se habían convertido en polvo tiempo atrás. Lo cruzó sumido en una penumbra de crepúsculo y, al llegar al otro lado, cruzó unas puertas de bronce de doble hoja que estaban parcialmente abiertas, como debían de llevar desde hacía siglos. Salió a una vasta cámara abovedada que debió de servir en su día como sala de audiencias.

Era de forma octogonal y la gran bóveda estaba cubierta de unas ingeniosas aberturas, gracias a las cuales la cámara estaba mucho mejor iluminada que los pasillos que conducían hasta ella. Al otro lado de la gran sala se levantaba un estrado con escalones de lapislázuli, sobre el que descansaba un enorme trono de brazos ornamentales y respaldo alto que sin duda sustentara en su día un dosel de tela de oro. Conan gruñó y sus ojos se iluminaron. ¡El trono de oro de Alkmeenon, cuyo recuerdo habían conservado las leyendas inmemoriales! Lo sopesó con la mirada de quien, como él, era un auténtico experto. Habría representado una fortuna por sí solo si hubiese podido llevárselo. Su riqueza inflamó

su imaginación y, al pensar en el tesoro, empezó a carcomerlo la impaciencia. Sus dedos experimentaron un agudo deseo de enterrarse entre las piedras preciosas que había oído describir a los narradores de los mercados de Keshan, cuyas leyendas se habían transmitido de boca en boca a lo largo de los siglos: gemas sin parangón, rubíes, esmeraldas, diamantes, hematites, ópalos, zafiros, las riquezas del mundo antiguo.

Había esperado encontrarse la figura del oráculo sentada en el trono, pero al no ser así, decidió que lo lógico era que se encontrara en otra parte del palacio... si es que existía, claro. Pero desde que pusiera la mirada sobre Keshan, tantos mitos habían resultado realidad que estaba convencido de que encontraría una especie de efigie o dios por alguna parte.

Tras el trono había un estrecho arco de medio punto que sin duda, en los días en que Alkmeenon era un lugar vivo, había estado oculto tras un tapiz. Se asomó por él y descubrió que desembocaba en una alcoba vacía de la que salía un estrecho pasillo en ángulo recto. Se apartó y vio otro arco a la izquierda del estrado, que, a diferencia de los demás, sí tenía puerta. No era una puerta normal. Estaba hecha del mismo metal brillante que el trono y cubierta de arabescos grabados.

Al tocarla, se abrió tan suavemente como si acabasen de engrasar las bisagras. Conan entró y miró a su alrededor.

Se encontraba en una cámara cuadrada de pequeñas dimensiones, cuyas paredes de mármol se elevaban hasta un tejado repujado en oro. Unos frisos dorados recorrían la base y la parte superior de las paredes y no había más puertas que la que él acababa de atravesar. Pero solo se fijó en todos estos detalles de forma mecánica. Toda su atención estaba centrada en la forma que descansaba sobre un estrado de marfil.

Había esperado una imagen, tallada quizá con la destreza de un arte ya olvidado. Pero ninguna técnica artística podía igualar la perfección de la figura que tenía delante.

No estaba hecha de piedra, metal o marfil. Era el cuerpo real de una mujer, y por qué secreta técnica los antiguos habían conseguido que se mantuviera incólume con el paso de tantos años, Conan no alcanzaba a imaginarlo. Hasta la vestimenta que llevaba estaba intacta —y esto hizo que el cimmerico empezara a sentir una vaga inquietud en el fondo de sus pensamientos. Las artes que preservaban el cuerpo no deberían haber afectado a la ropa. Y sin embargo, así era—. El cuerpo vestía un ceñidor decorado con círculos concéntricos



de pequeñas piedras preciosas, unas sandalias doradas y una falda corta de seda sujeta por un cinturón enjorado. Ni la tela ni el metal mostraban el menor rastro de descomposición.

Yelaya era preciosa, incluso en la muerte. Su cuerpo, estilizado y al mismo tiempo voluptuoso, parecía hecho de alabastro; una gran joya de color carmesí refulgía frente a la espuma oscura de su cabello apilado.

Conan permaneció un momento observándola y entonces tocó el estrado con la espada. Se le había ocurrido la posibilidad de que contuviese una cámara secreta donde se guardase el tesoro, pero sonó como si fuera macizo. Se volvió y empezó a caminar por la estancia, indeciso. ¿Por dónde debía empezar a buscar en el limitado tiempo de que disponía? El sacerdote al que había escuchado mientras hablaba con una cortesana había asegurado que el tesoro estaba escondido en el palacio. Pero eso comprendía un espacio realmente grande. Se preguntó si debía ocultarse hasta que los sacerdotes hubieran llegado y se hubiesen marchado para luego reanudar la búsqueda. Pero era muy probable que se llevaran las joyas consigo y regresaran a Keshia. Estaba convencido de que Thutmekri había sobornado a Gorulga.

Conan podía predecir los planes de Thutmekri porque lo conocía bien. Sabía que era él quien había propuesto la conquista de Punt a los reyes de Zembabwei, conquista que no era más que otro paso en su auténtico objetivo: la obtención de los Dientes de Gwahlur. Los reyes, cautos, exigirían pruebas de que el tesoro existía realmente antes de realizar ningún movimiento. Las joyas que Thutmekri había pedido como muestra de buena voluntad proporcionarían dicha prueba.

Cuando tuvieran la prueba indiscutible de que el tesoro era real, los reyes de Zembabwei actuarían. Punt sería invadido simultáneamente por el este y por el oeste, pero los zembabwanos se encargarían de que los keshani hicieran la mayor parte del trabajo y luego, cuando tanto Punt como Keshan estuvieran exhaustos por la contienda, los aplastarían a ambos, saquearían Keshan y se llevarían el tesoro, aunque para ello tuvieran que destruir todos los edificios y torturar a todos los habitantes del reino.

Pero siempre existía otra posibilidad. Si Thutmekri lograba poner las manos en el tesoro, sería típico de él engañar a sus patronos, quedarse las joyas y escapar dejando que los emisarios de Zembabwei afrontaran las consecuencias.

Conan creía que la consulta al oráculo no era más que un ardid para persuadir al rey de Keshan de que accediera a los deseos de Thutmekri, pues ni por un momento se había permitido dudar que Gorulga fuera tan sutil y tortuoso

como todos los que formaban parte de aquella conspiración. Conan no había abordado al sumo sacerdote porque sabía perfectamente que en el juego de los sobornos no tenía nada que hacer contra Thutmekri y cualquier intento de hacerlo no haría más que contribuir un poco más a los planes del estigio. Gorulga denunciaría a Conan ante el pueblo, y con ello se labraría una reputación de hombre íntegro y libraría a Thutmekri de su rival de un solo golpe. Se preguntó cómo Thutmekri habría conseguido corromper al sumo sacerdote y qué podía ofrecérselo como soborno a un hombre que tenía el tesoro más grande del mundo al alcance de la mano.

En cualquier caso, estaba seguro de que se las arreglarían para que el oráculo dijera que los dioses deseaban que Keshan cumpliera los deseos de Thutmekri y también de que aprovecharía para hacer algunos comentarios referentes a él. Después de eso, Keshia sería un lugar demasiado peligroso para el cimmerico, en el caso de que este, en lugar de escapar a uña de caballo en la oscuridad, fuera tan tonto como para quedarse.

La estancia del oráculo no contenía ninguna pista. Regresó a la gran sala del trono y puso las manos sobre este. Pesaba mucho pero podía inclinarlo. El suelo que había debajo, un sólido estrado de mármol, era macizo. Volvió a registrar la estancia. Su mente no paraba de darle vueltas a la idea de que había una cripta secreta cerca del oráculo. Empezó a registrar minuciosamente las paredes y al cabo de algún tiempo encontró un punto que sonaba a hueco en la pared opuesta a la entrada del estrecho pasillo. Al examinarlo con mayor detenimiento vio que la separación entre un panel de mármol y el siguiente era mayor de lo habitual. Insertó la punta de la daga e hizo palanca.

Silenciosamente, el panel cedió y reveló un nicho en la pared, pero nada más. Conan profirió una imprecación. El nicho estaba vacío y no parecía haber albergado nunca un tesoro. Se aproximó y vio que había un sistema de agujeros diminutos en la pared, más o menos a la altura de la boca de un hombre. Pegó el ojo a uno de ellos y emitió un gruñido de comprensión. Era la pared que separaba el mismo de la sala del oráculo. Los agujeros no eran visibles desde el otro lado. Conan sonrió. Eso explicaba el misterio del oráculo, aunque era algo más burdo de lo que él había esperado. Gorulga, o algún sicario de confianza, se metería en el nicho, hablaría por los agujeros, y los crédulos acólitos, negros todos ellos, aceptarían lo que dijera tomándolo por la voz de Yelaya.

Entonces el cimmerico recordó algo. Sacó el pergamino que le había quitado a la momia y lo desenrolló con mucho cuidado, puesto que parecía que pu-

diera convertirse en polvo en cualquier momento. Al ver los oscuros caracteres que lo cubrían, frunció el ceño. En sus viajes por el ancho mundo, el gigantesco aventurero había reunido algunos conocimientos, sobre todo referentes a las lenguas y las escrituras de muchas razas extranjeras. Muchos eruditos de libros se habrían quedado boquiabiertos al conocer las habilidades lingüísticas del cimmerio, pues este había vivido muchas aventuras en las que el dominio de una lengua había significado la diferencia entre la vida y la muerte.

Pero aquellos caracteres eran desconcertantes, porque le resultaban familiares e inteligibles a un tiempo, y al cabo de un rato descubrió la razón. Eran los caracteres del pelishtim arcaico, muy diferente de la escritura moderna, que él sí conocía, y que, tres siglos atrás había sido modificado tras ser conquistado su pueblo por una tribu nómada. Esta forma más arcaica y más pura de la escritura desafiaba su entendimiento. Sin embargo, sí localizó una palabra recurrente, que identificó como un nombre propio: «Bit-Yakin». Supuso que era el nombre de quien había escrito el pergamino.

Con el ceño fruncido y moviendo los labios por la concentración, leyó el manuscrito lo mejor que pudo. Buena parte de él le resultaba incomprensible y la mayor parte del resto, poco clara.

Pudo deducir que el escritor, el misterioso Bit-Yakin, llegado desde muy lejos con sus sirvientes, había entrado en el valle de Alkmeenon. Gran parte de lo que seguía carecía de significado para él, salpicado como estaba de frases y personajes desconocidos. Lo poco que pudo traducir parecía indicar el paso de un largo período de tiempo. El nombre de Yelaya se repetía frecuentemente y hacia el final del manuscrito se hacía evidente que Bit-Yakin sabía que la muerte estaba próxima. Con un leve sobresalto, Conan comprendió que la momia de la caverna debía de ser lo único que quedaba del autor del manuscrito, el misterioso pelishtim, Bit-Yakin. El hombre había muerto, tal como él mismo había profetizado, y sus servidores, obviamente, lo habían colocado en aquella cripta abierta de lo alto de los acantilados obedeciendo sus últimas instrucciones.

Era raro que no se mencionase a Bit-Yakin en ninguna de las leyendas de Alkmeenon. Evidentemente, había llegado al valle después de que lo abandonaran sus habitantes originales —al menos eso indicaba el manuscrito—, pero resultaba curioso que los sacerdotes que acudían en su tiempo a consultar al oráculo no lo hubieran visto ni a él ni a sus sirvientes. Conan estaba seguro de que la momia y el pergamino tenían más de cien años. Bit-Yakin ya moraba en el valle cuando los sacerdotes de antaño venían a inclinarse ante la muerta Ye-

laya. Y sin embargo, las leyendas guardaban silencio sobre él y solo hablaban de una ciudad desierta, habitada únicamente por los muertos.

¿Por qué había escogido como morada aquel lugar desolado y a qué destino ignoto habían partido sus servidores tras disponer del cadáver de su amo?

Conan se encogió de hombros y volvió a guardarse el pergamino en el cinto... y entonces se sobresaltó al sentir un hormiguelo en el dorso de la mano. ¡Sorprendente e increíblemente, en medio de la soñolienta quietud había sonado el estridente y profundo tañido de un gran gong!

Se revolvió y se agazapó como un felino, espada en mano, y escudriñó el estrecho pasillo del que parecía haber venido el sonido. ¿Habían llegado los sacerdotes de Keshia? Era poco probable y él lo sabía. No habían tenido tiempo de alcanzar el valle. Pero aquel gong era la prueba irrefutable de una presencia humana.

Conan era, ante todo, un hombre de acción. La sutileza que podía poseer la había adquirido en contacto con razas más tortuosas. Cuando algo inesperado lo cogía por sorpresa, volvía instintivamente a su comportamiento natural. Así que, en lugar de ocultarse o marcharse en dirección contraria, como habría hecho un hombre corriente, echó a correr por el pasillo en dirección al sonido. Sus sandalias no hacían más ruido que las almohadillas de una pantera. Sus ojos eran sendas grietas y sus labios esbozaban una mueca de inconsciente furia. Por un momento el pánico había acariciado su alma por la sorpresa de la inesperada reverberación, y la roja rabia del primitivo que siente la amenaza de un peligro acechaba siempre en el cimmerico.

Pasados unos segundos salió del sinuoso corredor a un patio de pequeñas dimensiones. Algo que brillaba bajo el sol captó su atención. Era el gong, un gran disco de oro que colgaba de un brazo del mismo metal que sobresalía de la pared en ruinas. Junto a él descansaba el mazo de bronce, pero ni se oía nada ni se veía rastro alguno de nadie. Los arcos circundantes, abiertos como bocas, estaban vacíos. Conan estuvo agazapado a la entrada durante lo que pareció un largo rato. Nada sonaba ni se movía en el gran palacio. Agotada su paciencia, empezó a avanzar pegado a la pared del patio y fue asomándose a los arcos, preparado para saltar en cualquier dirección como un relámpago, o de golpear a derecha e izquierda como una cobra.

Llegó junto al gong y miró por el arco más próximo. Solo vio una cámara en penumbra, cubierta por residuos en descomposición. Bajo el gong, las baldosas de mármol pulido no exhibían huella alguna, pero flotaba en el aire un aroma... un olor ligeramente fétido que el cimmerico no fue capaz de identificar;

Sus fosas nasales se dilataron como las de una bestia salvaje mientras trataba de reconocerlo.

Se volvió hacia el arco... y, con pasmosa rapidez, las baldosas, aparentemente sólidas, se hicieron añicos y cedieron bajo sus pies. Mientras empezaba a caer, abrió los brazos y se agarró a los bordes de la cavidad que se había abierto debajo de él. Los bordes se desmoronaron entre sus dedos. Cayó en picado hacia una oscuridad completa y se zambulló en unas aguas negras y gélidas que lo atenazaron y se lo llevaron dando vueltas con vertiginosa velocidad.

